



Bethlehem Ministry
OF THE ASSEMBLIES OF GOD

CONOCIMIENTO 16
DOCTRINA 8
SANTA BÍBLIA 2

EL LIBRO DE JOSUÉ



*“De todas las buenas promesas que Jehová hizo
al pueblo de Israel, ninguna faltó;
todas se cumplieron.
Josué 21:45*

BOLETIN 678 - ESTUDIO 818
19 A 25 de julho de 2026

INTRODUCCIÓN

Hoy retomamos nuestra serie de estudios “Santa Biblia”, iniciando una nueva etapa en el libro de Josué. Estoy convencido de que el Señor Jesús, por medio del Espíritu Santo, ministrará preciosas lecciones a nuestros corazones a través de los pasajes de este libro.

Quiero animarte a leer el libro de Josué por completo. Haz esa lectura con calma, observando los detalles, meditando en las instrucciones y reflexionando sobre las lecciones que Dios registró en Su Palabra. Permite que el Espíritu Santo hable a tu corazón mientras lees las Escrituras.

Tengo la certeza de que tu vida será ricamente bendecida por la Palabra de Dios.

LIBRO DE JOSUÉ

El libro de Josué marca el inicio de una nueva etapa en la historia del pueblo de Dios. Después de siglos de promesas y cuarenta años de preparación en el desierto, Israel finalmente llega a las puertas de la Tierra Prometida. El Dios que libertó a Su pueblo de la esclavitud en Egipto ahora lo conduce a la herencia que había prometido a Abraham, Isaac y Jacob.

Josué es el primero de los libros históricos del Antiguo Testamento y hace la transición entre el Pentateuco y la historia de la nación de Israel establecida en Canaán. Mientras los cinco libros de Moisés narran la creación, la formación del pueblo de la alianza, la entrega de la Ley y la caminata por el desierto, Josué registra el inicio del cumplimiento de las promesas de Dios. El Éxodo muestra a Dios libertando a Su pueblo; Josué muestra a Dios conduciendo a ese mismo pueblo al descanso y a la herencia preparados por Él.

Deuteronomio 12:9–10 (RVR1960)

Porque hasta ahora no habéis entrado al reposo y a la heredad que os da Jehová vuestro Dios. Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que Jehová vuestro Dios os hace heredar; y él os dará reposo de todos vuestros enemigos alrededor, y habitaréis seguros.

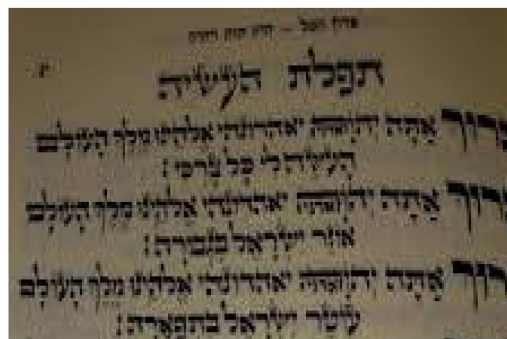
El libro de Josué es mucho más que un relato de batallas y conquistas militares. En cada capítulo encontramos el testimonio de un Dios que permanece fiel a Su Palabra.

Cada victoria revela Su poder; cada derrota recuerda que la desobediencia siempre trae consecuencias; y cada porción de tierra distribuida confirma que ninguna de las promesas del Señor cayó en el vacío.

El escenario del libro es desafiante. Canaán estaba formada por diversas ciudades-estado independientes, protegidas por murallas y gobernadas por reyes poderosos. Humanamente hablando, Israel no tenía condiciones de conquistar aquella tierra.

Desde el inicio, sin embargo, queda claro que la conquista no dependería de la fuerza del ejército, de la habilidad de Josué o de la estrategia militar del pueblo, sino de la presencia del Señor en medio de ellos.

Al estudiar este libro, veremos mucho más que acontecimientos históricos.



Encontraremos principios de liderazgo, fe, obediencia, santificación, perseverancia y dependencia de Dios. Sobre todo, veremos que el Dios que cumplió cada promesa hecha a Israel sigue siendo el mismo hoy. Él permanece conduciendo a Su pueblo, llamándonos a confiar en Su Palabra y a vivir por fe hasta alcanzar, en Cristo, la herencia eterna que Él preparó para Su pueblo.

CONTEXTO HISTÓRICO

Tradicionalmente, la entrada de Israel en Canaán se data alrededor del **1406 a.C.**

El Señor levanta a Josué como sucesor de Moisés para conducir a Israel a través del Jordán e introducirlo en la tierra prometida. Moisés había muerto, pero la promesa de Dios permanecía viva.

A lo largo de aproximadamente veinticinco a treinta años, acompañamos la travesía del Jordán, la conquista de Canaán, la distribución de la herencia entre las tribus y, por fin, las últimas palabras de Josué convocando al pueblo a la fidelidad al Señor.

AUTORÍA

La tradición judía y la tradición cristiana siempre atribuyeron la autoría del libro a Josué. Esta comprensión se ve reforzada por el propio texto bíblico, que registra que Josué escribió parte de los acontecimientos:

Josué 24:26a – (RVR1960)

Y escribió Josué estas palabras en el libro de la ley de Dios...

Además, el libro menciona que Josué determinó el registro escrito de la tierra antes de su división entre las tribus (Js 18:8-9), evidenciando que él conservaba registros de los acontecimientos ocurridos durante su liderazgo.

Sin embargo, el libro también relata hechos posteriores a la muerte de Josué, como su sepultura, la sepultura de los huesos de José y la muerte de Eleazar (Js 24:29-33).

Por esta razón, es ampliamente aceptado que estos últimos acontecimientos hayan sido registrados después, posiblemente por Finees, el sumo sacerdote, u otro escritor inspirado.

PROPÓSITO DEL LIBRO

El libro de Josué fue escrito para registrar el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho a los patriarcas. Siglos antes, el Señor había prometido a Abraham que daría aquella tierra a su descendencia.

Génesis 12:7 (RVR1960)

Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra. Y edificó allí un altar a Jehová, quien le había aparecido.

En Josué, esa promesa deja de ser solo una esperanza y se convierte en una realidad histórica. El propósito del libro va más allá de narrar la conquista de Canaán. Su mensaje central es revelar que Dios permanece fiel a Su Palabra. Cada acontecimiento confirma que el Señor cumple todo lo que promete, no porque Su pueblo sea perfecto, sino porque Su carácter es inmutable.

Al mismo tiempo, Josué nos enseña que las promesas de Dios no anulan la responsabilidad humana. Israel recibió la tierra por gracia, pero fue llamado a caminar en fe, obediencia, santidad y perseverancia. Siempre que el pueblo confió en el Señor, experimentó Su bendición; cuando eligió la desobediencia, cosechó las consecuencias de sus propias elecciones.

¿QUIÉN FUE JOSUÉ?

El nombre de Josué aparece en prácticamente todos los capítulos del libro, pero su historia comienza mucho antes de la travesía del Jordán.

Su nombre original era Oseas, que significa “salvación”. Más tarde, Moisés cambió su nombre a Josué (heb. *Yehoshúa*), que significa “*El Señor es salvación*” (Nm 13.16). Ese cambio no fue solo un detalle. Reflejaba una gran verdad que acompañaría toda su vida.

Josué nació en Egipto y vivió los años de la esclavitud. Aún joven, presenció el actuar poderoso de Dios en las diez plagas, participó de la primera Pascua y cruzó el mar Rojo en tierra seca. Su formación se dio acompañando cada uno de los grandes milagros realizados por el Señor durante la salida de Egipto y la caminata por el desierto.

Mucho antes de convertirse en el sucesor de Moisés, Josué ya demostraba ser un hombre preparado por Dios. Fue él quien lideró el ejército de Israel en la batalla contra los amalecitas (Éx 17.8-16), acompañó a Moisés en la subida al monte Sinaí cuando Dios entregó la Ley (Éx 24.13) y sirvió fielmente como su auxiliar durante muchos años.

Tal vez la característica más marcada de Josué no fuera su habilidad militar, sino su relación con Dios. La Biblia registra que, mientras muchos regresaban al campamento, Josué permanecía en la tienda de reunión, disfrutando de la presencia del Señor (Éx 33.11). Antes de ser conocido como un gran líder, aprendió a ser un hombre que buscaba a Dios.

Años después, cuando doce espías fueron enviados a observar Canaán, solo Josué y Caleb permanecieron firmes en la fe. Mientras la mayoría veía gigantes y

murallas, ellos confiaron en la promesa del Señor (Nm 14.6-9).

Números 14:9 (RVR1960)

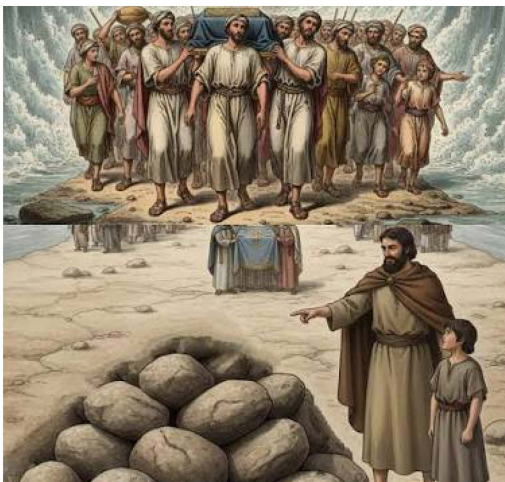
...ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis.

En aquel momento, Josué reveló una característica que marcaría todo su liderazgo: él miraba a Dios antes de mirar las circunstancias.

La propia Escritura declara que Josué era un hombre “en quien está el Espíritu” (Nm 27.18) y que estaba lleno del espíritu de sabiduría porque Moisés había impuesto las manos sobre él (Dt 34.9).

Su liderazgo no comenzó en Josué capítulo 1; venía siendo formado silenciosamente a lo largo de muchos años de obediencia, servicio y comunión con Dios.

Esta tal vez sea una de las primeras grandes lecciones del libro. Dios normalmente prepara a Sus siervos mucho antes de entregarles la misión que planeó para ellos. Antes de la conquista estuvo el desierto.



Josué no se formó de la noche a la mañana; fue moldeado a lo largo de una vida caminando al lado de Dios.

EL LLAMADO

Ahora Moisés había muerto, y una pregunta ciertamente ocupaba el corazón del pueblo: ¿quién conduciría a Israel de allí en adelante? La respuesta vino del propio Dios. Antes de que Josué diera cualquier orden al pueblo, el Señor habló con él:

Josué 1:2 (RVR1960)

Mi siervo Moisés ha muerto; levántate pues ahora, y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel.

La misión confiada a Josué era humanamente imposible. Él debía conducir a una nación entera a la conquista de una tierra ocupada por pueblos fuertes, ciudades fortificadas y ejércitos experimentados.

Cualquier líder se sentiría pequeño ante un desafío como ese.

Tal vez por eso Dios repite tres veces la misma orden:

Josué 1:6,7,9 (RVR1960)

Esfuézate y sé valiente."

El valor que Dios exige no nace de la autoconfianza, sino de la confianza en Su Palabra.

Enseguida, el Señor explica cómo Josué debía conducir su vida:

Josué 1:8 (RVR1960)

Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito...

Esta es una lección que sigue siendo extremadamente actual. Vivimos en

una cultura que asocia el valor con la autoconfianza y el pensamiento positivo. La Biblia presenta un camino diferente.

El verdadero valor nace cuando sabemos que Dios está con nosotros y elegimos obedecer a Su Palabra, incluso cuando las circunstancias parecen desfavorables.

No es por casualidad que, al final de ese diálogo, Dios cierra Su discurso con una promesa que sostendría a Josué durante toda su caminata:

Josué 1:9 (RVR1960)

Porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas.

LA TRAVESÍA DEL JORDÁN

Después de preparar al pueblo y enviar a los espías a Jericó, había llegado el momento de que Israel diera el paso que cerraría definitivamente la caminata por el desierto. Ante ellos estaba el río Jordán. No era solo un obstáculo geográfico; era la última barrera entre el pueblo y la tierra que Dios había prometido siglos antes.

La Biblia se preocupa por informar que el Jordán se desbordaba durante toda la época de la siega (Js 3.15). El día anterior, los espías habían cruzado el río sin dificultad (Js 2.23), pero ahora las aguas estaban llenas e impetuosas. Humanamente, aquel no parecía el momento ideal para cruzar.

Sin embargo, Dios eligió exactamente ese momento para actuar, de manera que nadie pudiera atribuir aquella travesía a la habilidad o al esfuerzo de Israel.

Antes de abrir el río, sin embargo, Dios no habló sobre estrategia ni sobre batalla. Su primera orden fue:

Josué 3:5 (RVR1960)

Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.

Este detalle no puede pasar desapercibido. Antes de que cayeran las murallas de Jericó, antes de la primera batalla y antes de la conquista de la tierra, Dios llamó a Su pueblo a la santificación. La victoria comenzaría mucho antes del campo de batalla; comenzaría en el corazón.

A continuación, Dios ordenó que los sacerdotes llevaran el Arca del Pacto delante del pueblo. El arca simbolizaba la presencia de Dios en medio de Israel. Cuando los pies de los sacerdotes tocaron las aguas del Jordán, el río dejó de correr, y todo el pueblo cruzó en tierra seca (Js 3.14-17).

Es imposible no recordar la travesía del mar Rojo. En aquella ocasión, Dios libertaba a Su pueblo de la esclavitud de Egipto. Ahora, en el Jordán, Dios lo introducía en la tierra de la promesa. El Dios que saca a Su pueblo de la esclavitud es el mismo que lo conduce a la herencia que preparó para él.

Muchas veces pedimos que Dios derribe las murallas de Jericó, pero olvidamos que, antes de las murallas, hubo un Jordán, santificación y dependencia de la presencia de Dios.

Las mayores victorias de la vida cristiana siguen conquistándose de la misma manera: cuando aprendemos a confiar menos en nuestra propia fuerza y a caminar en obediencia a la voz del Señor.

LA CIRCUNCISIÓN Y LA PASCUA

Humanamente hablando, aquel parecía el peor momento para detenerse. Israel acababa de cruzar el Jordán, estaba en territorio enemigo y las ciudades de Canaán ya sabían que el pueblo había llegado. La lógica militar diría que había que atacar de inmediato. Sin embargo, Dios tenía otros planes.

Antes de la primera batalla, el Señor ordenó que todos los hombres fueran circuncidados (Js 5.2-9). Durante los cuarenta años de peregrinación en el desierto, aquella práctica, que era la señal de la alianza entre Dios y Su pueblo, había sido descuidada. Antes de conquistar la tierra, Israel necesitaba recordar quién era. No eran solo un pueblo que poseía una promesa; eran el pueblo de la alianza. Después de la circuncisión, Dios declaró:

Josué 5:9 (RVR1960)

Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto.

Aquel momento marcó un nuevo comienzo para la nación. La generación que había cruzado el Jordán renovaba ahora públicamente su alianza con Dios. Antes de la conquista, Dios trató la identidad de Su pueblo.

Enseguida, Israel celebró la Pascua por primera vez en la Tierra Prometida (Js 5.10).

Fue también en ese momento que el maná dejó de caer. Durante cuarenta años Dios había sustentado a Israel diariamente en el desierto. A partir de aquel día, el pueblo pasó a comer del fruto de la propia tierra (Js 5.11-12). El milagro cesó, pero la provisión de Dios no.



EL COMANDANTE DEL EJÉRCITO DEL SEÑOR

Frente a ellos estaba Jericó, una ciudad fortificada que, a los ojos humanos, parecía imposible de vencer. Mientras observaba Jericó, Josué vio a un hombre de pie, con la espada desenvainada en la mano. Acercándose a él, preguntó:

Josué 5:13,14 (RVR1960)

¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? No; más como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora.

Normalmente queremos saber si Dios está de nuestro lado. Josué hizo exactamente esa pregunta. Sin embargo, el comandante del Ejército del Señor no respondió diciendo “estoy con Israel” o “estoy contra Canaán”. Su respuesta fue mucho mayor: “No.”

Dios nunca entra en una guerra para validar los proyectos del hombre. Es el hombre quien necesita someter sus proyectos a la voluntad de Dios.

JERICÓ – LA VICTORIA PERTENECE AL SEÑOR

La primera ciudad que se ponía frente a Israel era también una de las más impresionantes de Canaán. Las instrucciones dadas por Dios eran completamente diferentes de cualquier estrategia militar conocida. Durante seis días, el pueblo debía rodear la ciudad una vez al día, mientras los sacerdotes cargaban el Arca del Pacto y tocaban las trompetas. Nadie debía gritar. Nadie debía atacar. Solo obedecer.

En el séptimo día, la marcha se repitió siete veces. Al toque prolongado de las trompetas, el pueblo levantó un gran clamor, y las murallas de Jericó cayeron (Js 6.20).

Es interesante notar que Dios no solo dio la victoria, sino que también determinó cómo sucedería. Israel no podía adaptar el plan ni añadir su propia estrategia. La conquista dependería de la obediencia completa a la Palabra del Señor.

En medio de aquel escenario de juicio, encontramos también una de las más bellas demostraciones de la gracia de Dios. Rahab, la mujer que había acogido a los espías fue preservada junto con toda su familia (Js 6.22-25).

HAI – CUANDO EL PECADO SE CONVIERTE EN EL MAYOR ENEMIGO

Después de la extraordinaria victoria en Jericó, todo indicaba que la conquista de Canaán continuaría de la misma forma. Hai era una ciudad mucho menor que Jericó.

A los ojos humanos, parecía un desafío sencillo. Tal vez por eso Israel envió solo una pequeña parte del ejército a la batalla (Js 7.3). Lo que parecía una conquista rápida terminó en una derrota inesperada. Treinta y seis israelitas murieron, y el pueblo regresó derrotado.

Josué hizo lo que todo siervo de Dios debe hacer ante una situación que no logra comprender: se postró delante del Señor. Su pregunta era sincera. Si Dios había prometido entregar la tierra en manos de Israel, ¿por qué aquella derrota?

La respuesta de Dios revela uno de los principios más serios de todo el libro:

Josué 7:11 (RVR1960)
Israel ha pecado...

No fue falta de estrategia ni de valor. Tampoco superioridad militar de los cananeos.

El problema estaba dentro del propio campamento. Acán había desobedecido la orden del Señor, tomando para sí parte de lo que había sido consagrado a Dios en Jericó. El pecado era de un hombre, pero sus consecuencias alcanzaron a toda la nación.

Vivimos en una cultura profundamente individualista, que enseña que nuestras elecciones solo conciernen a nuestra propia vida. Sin embargo, la Biblia muestra que el pecado nunca permanece aislado. Nuestras decisiones siempre alcanzan a otras personas.

La desobediencia de un hombre trajo sufrimiento a muchas familias de Israel. Dios no ignoró el pecado para preservar la secuencia de las victorias. Antes de conceder una nueva conquista, Él trató aquello que necesitaba ser corregido. Esto revela el amor de Dios.

Después de que el pecado fue tratado, Dios habló nuevamente con Josué:

Josué 8:1 (RVR1960)

No temas, ni desmayes...

Nuevamente salen a la lucha, y esta vez, Hai fue conquistada tal como Dios había prometido.

La victoria volvió, no porque Dios hubiera cambiado de idea, sino porque Su pueblo volvió a andar en obediencia.

LOS GABAONITAS – EL PELIGRO DE DECIDIR SIN CONSULTAR A DIOS

Después de la restauración en Hai, la conquista de Canaán proseguía tal como Dios había prometido. Las victorias se acumulaban, e Israel caminaba bajo la

bendición del Señor. Sin embargo, el próximo desafío no vendría en forma de un ejército, sino de un engaño.

Los habitantes de Gabaón vistieron ropas viejas, calzaron sandalias gastadas, llevaron pan seco y mohoso y se presentaron ante Josué diciendo que venían de una tierra muy distante. Todo en aquella escena parecía confirmar la historia que estaban contando.

Josué y los líderes de Israel examinaron las evidencias. Observaron las ropas, miraron el pan, analizaron las sandalias y escucharon cuidadosamente el relato de aquellos hombres. Humanamente hablando, tomaron una decisión bastante razonable.

Pero el texto registra una de las frases más importantes de todo el capítulo:

Josué 9:14 (RVR1960)

Y no consultaron a Jehová.

Ese fue el verdadero problema. No fue un pecado de rebeldía abierta contra Dios. Fue algo mucho más sutil: la autosuficiencia. Confiaron en lo que podían ver y juzgar por sí mismos, sin buscar la dirección del Señor.

Tal vez este sea uno de los peligros más comunes en la vida cristiana. No siempre erramos porque queremos desobedecer



a Dios. Muchas veces erramos porque creemos que determinada situación es tan simple que no necesitamos llevarla ante el Señor.

Existe una gran diferencia entre preguntar: “Señor, ¿esto está permitido?” y preguntar:

“Señor, ¿es esto lo que Tú quieres para mí?” Vivir bajo el señorío de Cristo es más que evitar el pecado. Es aprender a buscar Su voluntad antes de cada decisión, incluso cuando todo parece tener sentido a nuestros ojos.

EL DIOS QUE PELEA POR SU PUEBLO

Después de la alianza hecha con los gabaonitas, cinco reyes amorreos unieron sus ejércitos para destruir Gabaón (Js 10.1-5). Humanamente hablando, los gabaonitas se habían convertido en un problema para Israel. Sin embargo, Josué comprendió que una alianza hecha delante de Dios debía ser honrada. Una vez más, antes de la batalla, Dios habló:

Josué 10:8 (RVR1960)

No tengas temor de ellos; porque yo los he entregado en tu mano, y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti.

Durante ese mismo enfrentamiento, Josué hizo una oración audaz:

Josué 10:12 (RVR1960)

Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón.

Y el Señor respondió prolongando aquel día para completar la victoria de Israel. El propio libro resume aquel acontecimiento con palabras que difícilmente podrían ser más fuertes:

Josué 10:14 (RVR1960)

Porque Jehová peleaba por Israel.

Si Dios no hubiera peleado por Su pueblo, Josué no habría vencido e Israel no habría conquistado.

Después de esa victoria, Josué avanzó hacia el sur y, posteriormente, hacia el norte de Canaán. Reyes poderosos, grandes ciudades y numerosos ejércitos fueron derrotados (Js 10–11). Al final de esa campaña, la mayor parte de la tierra ya estaba bajo el dominio de Israel.

LA HERENCIA PROMETIDA

La promesa hecha por Dios a Abraham, siglos antes, comenzaba a experimentarse de manera concreta. La tierra que durante tanto tiempo había existido solo como promesa ahora sería repartida entre las tribus de Israel.

Tal vez, para muchos lectores, esta sea la parte menos emocionante del libro de Josué. Encontramos listas de ciudades, límites territoriales, nombres de lugares y descripciones detalladas de la herencia de cada tribu. A primera vista, todo esto puede parecer solo un registro histórico.

Pero imagina a alguien finalmente escuchando la lectura de un testamento que había sido preparado para su familia muchos siglos antes.

Al final de esa larga distribución, encontramos una de las declaraciones más bellas de todo el libro:

Josué 21:45 (RVR1960)

No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió.

Esta sigue siendo una de las mayores fuentes de esperanza para la Iglesia de hoy. Los tiempos cambian, las circunstancias cambian, las personas cambian. Pero Dios permanece fiel.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE JOSUÉ (Capítulo 23)

Josué veía un peligro que tal vez nadie más percibiera. El mayor peligro ya no estaba fuera, estaba dentro, en el corazón.

Por eso, ya anciano, Josué reunió a los líderes de Israel y les dirigió sus últimas palabras. En vez de hablar sobre estrategias militares o conquistas pasadas, llamó al pueblo a la fidelidad.

Recordó todo lo que Dios había hecho desde los días de Abraham, pasando por Egipto, por el desierto y llegando finalmente a la Tierra Prometida. Josué quería que Israel nunca confundiera quién era el verdadero responsable de todas aquellas victorias.

Si el pueblo abandonaba al Señor para servir a los dioses de las naciones de alrededor, perdería justamente aquello que Dios le había dado. La prosperidad puede ser más peligrosa que la escasez. La comodidad puede alejarnos de Dios con mucha más facilidad que la lucha.

Por eso, las últimas palabras de Josué son un llamado a permanecer fiel al Dios que ya había hecho todo por ellos.

RENOVACIÓN DE LA ALIANZA

En Siquem, el mismo lugar donde Dios había renovado Sus promesas a Abraham, Israel fue llamado a renovar su propia alianza con el Señor. Josué no intentó manipular al pueblo ni tomar la decisión por ellos. Por el contrario, puso delante de la nación una elección que cada generación necesita hacer.

Josué 24:15 (RVR1960)

Escogeos hoy a quién sirváis...

La fidelidad nunca puede heredarse; cada generación necesita decidir por sí misma si continuará caminando con Dios.

Entonces Josué pronunció una de las declaraciones más conocidas de toda la Biblia: “*Yo y mi casa serviremos a Jehová.*”

Después de todo lo que él vivió con Dios, su conclusión era simple: Vale la pena servir al Señor.

CONCLUSIÓN

Como en todos los libros de las Escrituras, el libro de Josué apunta a una realidad mucho mayor que su propia historia. Desde su nombre hasta la conquista de la tierra prometida, todo prepara el camino para la obra perfecta de Jesucristo. Las conquistas de Josué también apuntan a la victoria definitiva de Cristo. Josué derrotó reyes terrenales y conquistó ciudades fortificadas. Jesús venció enemigos mucho mayores: el pecado, la muerte y Satanás.

Colosenses 2:15 (RVR1960)

Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Josué repartió una herencia entre las tribus de Israel. Cristo concede a Su pueblo una herencia incorruptible, incontaminable e inmarcesible.



Por fin, Josué condujo a Israel a un descanso temporal en Canaán. Jesús ofrece un descanso eterno, fruto de Su obra consumada en la cruz. Aquello que Josué prefiguró, Cristo lo realizó plenamente.

Hebrews 4:8 (RVR1960)

Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.

Esta sigue siendo la pregunta que Dios hace a cada uno de nosotros:

Josué 24:15 (RVR1960)

Escogeos hoy a quién sirváis.

La respuesta de Josué permanece como uno de los mayores testimonios de fe registrados en las Escrituras: “Yo y mi casa serviremos a Jehová.”

BIBLIOGRAFÍA

Biblia de Estudio Pentecostal

Beacon – Comentario Bíblico

CLC Bible Companion: CLC

Publications

[illegible]



Bethlehem Ministry of the Assemblies of God

United States

- . California
- . Florida
- . Georgia
- . Hawaii
- . Illinois
- . Maryland
- . Massachusetts
- . Mississippi
- . Nebraska
- . North Carolina
- . Ohio
- . Pennsylvania
- . South Carolina
- . Texas
- . Utah
- . Virginia
- Washington, DC
- . Washington State

Europe

- . Austria
- . Bangladesh
- . Belgium
- . Czech Republic
- . Denmark
- . France
- . Germany
- . Ireland
- . Italy
- . Luxembourg
- . Holland
- . Portugal
- . Spain
- . Sweden
- . Swiss
- . United Kingdom

Asia

- . Bangladesh

Oceania

- . Australia
- . New Zealand

Caribe

- . Haiti

Africa

- . Mozambique

